

Lluís Duch

Vida cotidiana y velocidad

Herder

Diseño de la cubierta: Dani Sanchis

© 2018, *Lluís Duch*

© 2019, *Herder Editorial, S.L., Barcelona*

ISBN: 978-84-254-4284-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a cedro (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Imprenta: Prodigitalk

Depósito legal: B-5018-2019

Printed in Spain - Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

Índice

INTRODUCCIÓN	II
LA FUNCIÓN DE LA CULTURA EN LAS SOCIEDADES HUMANAS	17
Introducción	17
Descripción no de la Cultura, sino de la cultura ..	19
Juego y cultura	25
Cultura y palabra humana	27
La expresión de la realidad por mediación de los lenguajes	31
LA SOBREACELERACIÓN DE LA SOCIEDAD ACTUAL	35
Introducción	35
Un poco de historia	36
El quebranto del «mundo dado por garantizado» .	39
Velocidad y ciudad	42
Velocidad y ética	50
Velocidad y relacionalidad humana	51
Velocidad y progreso tecnológico	56

Velocidad y espacio	60
Velocidad y moda	65
Velocidad y calendario	70

EL IMPACTO DE LA VELOCIDAD EN

LAS ESTRUCTURAS DE ACOGIDA	77
----------------------------------	----

Introducción	77
Las estructuras de acogida	78
La codescendencia	82
La provisionalidad en la codescendencia	86
La revolución de la afectividad en el ámbito familiar	88
Efectos del individualismo en la familia	92
Conclusión	96
La coresidencia	99
Introducción	99
Las transmisiones en y de la ciudad	100
Ciudad e identificación	101
La ciudad como reflejo del ser humano	103
La ciudad como espaciotemporalidad social ...	107
Conclusión	110
La cotrascendencia	112
Introducción	112
Situación actual de lo religioso	114
El quebranto de las ideologías confesionales ..	122
Una nueva aproximación a lo religioso	129
La comunicación religiosa	133
Los <i>mass media</i> («comediación») como «estructura de acogida»	135
Introducción	135

Un poco de historia	137
Donde hay ser humano, hay procesos de información/comunicación	139
Los <i>mass media</i> actuales	142
Mass media y velocidad	146
Conclusión	148
 LA MEMORIA (OLVIDO)	 151
Introducción	151
Un poco de historia	153
Memoria y velocidad	156
La velocidad como antimemoria	161
Memoria y sosiego	163
 LA SALUD/ENFERMEDAD	 169
Introducción	169
Contextodependencia de salud y enfermedad ...	170
¿Cómo nos encontramos? ¿Cómo me encuentro?	173
Velocidad y salud/enfermedad	174
A la búsqueda de una salud saludable	177
 CONCLUSIÓN	 181
 BIBLIOGRAFÍA	 191

Introducción

¿Cuál debería ser el ritmo adecuado para que la existencia humana no se disolviera ni en el frenesí ni en la apatía ni en el aburrimiento? Es una manifiesta obviedad afirmar que la calidad de vida del ser humano de todos los tiempos, es decir, su salud física, psíquica y espiritual, depende en gran medida de la calidad de lo que Maurice Merleau-Ponty designaba con la expresión «espacio y tiempo antropológicos», los cuales rigurosamente no han de confundirse con la vastedad de los espacios ilimitados ni con la fatal cronología, que no posee las modulaciones y acentos que son propios de la espaciotemporalidad de hombres y mujeres de carne y hueso. No deja de ser curioso que en nuestros días se detecte por igual un exacerbado deseo de velocidad y, al mismo tiempo, una profunda apatía e irresponsabilidad en ámbitos tan diferentes, pero fundamentales para la existencia humana como, por ejemplo, los de la política, la religión, la educación, las responsabilidades políticas y sociales y una gran mayoría de formas de asociacionismo. Por un lado, la *curiosidad*, que ha sido, sobre todo a partir de los siglos XVI y XVII, el gran motor de la modernidad, y por el otro, la *capacidad reflexiva y contemplativa*, tan presente y activa en la diversidad de proyectos y creaciones en el seno de la cultura occidental de todos los tiempos, parece como si en nuestros días hubiesen alcanzado

altísimos niveles de desinterés y apatía, que provocan tanto actitudes vitales sobreaceleradas y sin objetivo como mutismos desencantados y sin aliento, los cuales, en el fondo, no son sino diversificadas formas de «antidiálogo» y solipsismo insolidarios. Lo son porque interrumpen o, por lo menos, entorpecen gravemente la auténtica y humanizadora *comunicación* entre los seres humanos, aunque es comprobable a simple vista que el nivel de *información* ha alcanzado cotas nunca vistas hasta el presente. No cabe la menor duda de que a menudo los tan frecuentes mutismos del día de hoy, que nada tienen que ver con el auténtico silencio, desembocan casi necesariamente en variadas formas de violencia y agresividad, las cuales siempre han sido y son los pseudolenguajes que suelen imponerse cuando fracasan o se tornan irrelevantes las transmisiones y recepciones de los lenguajes genuinos, que tienen la misión de afianzar y ofrecer posibilidades expresivas al ser humano a lo largo y ancho de su trayecto biográfico, desde el nacimiento hasta la muerte. Con frecuencia, afortunadamente no siempre, la información no es sino mera *propaganda* que, como señala Simone Weil, «tiene la finalidad confesada de persuadir y no de comunicar luz. Hitler vio perfectamente que la propaganda es siempre un intento de someter y manipular los espíritus».

Creemos que el «nerviosismo difuso», al que tan oportunamente se refería Georg Simmel en los últimos años del siglo XIX, posee en la actualidad una fortísima incidencia en los miembros de una sociedad cuya salud colectiva se halla gravemente conmocionada a causa de una acentuada y persistente erosión de las relaciones entre velocidad y sosiego, entre acción y reflexividad, entre paz y solidaridad, entre justicia y precariedad laboral. Es un dato incontrovertible que, muy a menudo, la *prisa* como consecuencia de la velocidad que queremos aplicar a nuestro vivir y convivir cotidianos se

encuentra asociada directamente con una de las enfermedades más agresivas de nuestro tiempo: la *distracción*, con la falta de atención y deferencia hacia los que nos rodean. «No tengo tiempo», «tengo prisa», «estoy muy ocupado», son frase hechas que pronunciamos casi inconscientemente, pero que denotan muy claramente que vivimos, valga la paradoja, en un «tiempo sin tiempo», es decir, bajo el imperio implacable de la angustia, del temor, de la soledad y de la culpa. Ambas, la prisa y la distracción aíslan, fragmentan, pulverizan, secan todo lo que tocan; son íntimamente nihilistas y ambas también son enemigas natas de la atención y del cuidado del otro. El novelista italiano Italo Calvino en un bellissimo texto se refiere a cómo se ha troceado y desfigurado el tiempo en el momento presente: «Las novelas largas escritas hoy acaso sean un contrasentido: la dimensión del tiempo se ha hecho pedazos, no podemos vivir o pensar sino en fragmentos de metralla del tiempo que se alejan a lo largo de su trayectoria y al punto desaparecen. La continuidad del tiempo podemos encontrarla solo en las novelas de aquella época en la cual el tiempo ya no parecía como inmóvil, pero aún no había estallado». Ha de tenerse en cuenta que en casi todos los períodos históricos el poder de las costumbres era una especie de atmósfera invariable en la que el hombre vivía y convivía. No podía sustraerse a ella de la misma manera que no está en condiciones de sustraerse al aire que respira (Cassirer). Lo que acostumbra a suceder en la actualidad puede resumirse muy fácilmente: el poder normativo de las costumbres ha explotado, se ha quebrado en mil pedazos.

No es exagerado afirmar que la *prisa* representa el triunfo clamoroso de la ideología de nuestro tiempo basada en el anonimato, la sobreaceleración y la renuncia a la reflexión. En un libro ya bastante antiguo, *Prières* (1954), Michel Quoist escribía:

Adiós, amigo, excúsame, no tengo tiempo.
volveré, no puedo atenderte, no tengo tiempo,
acabo esta carta porque no tengo tiempo.
Hubiera querido ayudarte, pero no tengo tiempo.
No puedo aceptar por falta de tiempo.
No puedo reflexionar, leer, estoy sobrecargado, no tengo
tiempo.
Querría orar, pero no tengo tiempo.

Con frecuencia, el día a día de nuestra vida cotidiana se desarrolla de manera impropia e incluso dañina para la salud física, psíquica y espiritual, y sin la búsqueda de la complementariedad y armonía espíritu-corporal: el incesante crecimiento de la velocidad se nos impone como una suerte de destino fatal con ritmos compulsivos y desorbitados, que provocan una creciente deshumanización de nuestras relaciones con nosotros mismos, con nuestro entorno familiar, amical y laboral, con la naturaleza y, si creemos en Él, con Dios. El «síndrome de la prisa» se refiere a un *sentimiento subjetivo* que nos provoca angustia, inquietud, sentido alarmante de la precariedad e impotencia, el cual sin embargo suele originarse a partir de una *situación objetiva*. No es infrecuente que el resultado final de este traumático proceso sea la depresión y el pánico a causa de la imposibilidad de poder aunar armoniosamente los propios ritmos y secuencias existenciales con los que nos impone la creciente aceleración de los modos de vida y de relación de nuestra sociedad. Se trata de una puesta en práctica en su versión más groseramente perversa y materialista del célebre aforismo *time is money*.

Hace ya algunos años, Zygmunt Bauman señaló que en las sociedades de nuestros días nada —con frecuencia también los mismos seres humanos— podía declararse ajeno a la

norma general de la «desechabilidad» y, como consecuencia de ella, casi nada podía permitirse el lujo de perdurar más de lo debido, de lo económicamente programado, de lo provisionalmente fijado como normativo por la labilidad de los sistemas de la moda. El resultado es que es la misma dinámica social la que impone a los comportamientos de los individuos, tengan o no conciencia de ello, el imperativo de la inestabilidad emocional, la «hibridez» de las formas de vida, la *precariedad* persistente del trabajo de jóvenes y viejos como «valores centrales» de la actual existencia humana. Y tomamos aquí el término «valor» no en un sentido sustancial, sino simplemente como «perspectiva» u «oferta ocasional», que *vale* en términos exclusivamente monetarios. En resumen, es la velocidad lo que importa en grado sumo y no la duración. «Tomarse su tiempo», apunta David Le Breton en uno de sus últimos libros sobre el camino y el caminante, «es una subversión de lo cotidiano, así como la larga inmersión en una interioridad que parece un abismo para cantidad de contemporáneos en una sociedad del *look*, del imperio absoluto de la imagen, de la apariencia, que la convierte en su única profundidad».

Sin embargo, con conocimiento de causa, Henry D. Thoreau en los años setenta del siglo XIX advertía a sus contemporáneos de Concord, su ciudad natal, que «nada puede resultar más útil a un hombre que la determinación de no ir apresurado».

En esta exposición, aunque la situación de crisis global se detecta en el conjunto de la existencia humana de estas primeras décadas del siglo XXI, nos referiremos especialmente al impacto del indiscriminado aumento de la velocidad del *tempo* vital en casi todas las actitudes y comportamientos del ser humano. Es innegable que la sobreaceleración a la que,

casi sin escapatoria posible, estamos expuestos, quebranta muy negativa y perversamente lo que ha sido —y es— sustancial e imposible de sustituir para una constitución saludable y armónica del factor biográfico de hombres y mujeres del pasado, el presente y el futuro: las *transmisiones*. Dos campos nos parecen singularmente sensibles a los desmanes provocados por el «caos informativo» que, oponiéndose directa e impunemente a la auténtica y humanizadora *comunicación* (no a la simple información), impera dictatorialmente en nuestras sociedades y en la totalidad de la variedad de relaciones que mantenemos en nuestra vida privada y pública: la *memoria* (olvido) y la *salud* (enfermedad).

La base de este texto es un curso de posgrado en la Facultad de Medicina de la Universidad Pública de Guadalajara (Jalisco, México). Agradezco muy cordial y sinceramente al Dr. Javier García de Alba, director del Posgrado, al Dr. Javier Aceves y a la Dra. Ingris Peláez-Ballestas, que me facilitaron enormemente mi tarea e hicieron de mi estancia en Guadalajara casi unas vacaciones. También deseo mostrar mi sincera gratitud a mis alumnos de la Universidad Autónoma de Barcelona. De ellos he aprendido mucho más de lo que yo les haya podido ofrecer.

Montserrat, junio de 2018